

EL DISCURSO IMPERIAL:  
DE ROMA A EE UU

JUAN LUIS CONDE

Real Sociedad

Menéndez



Pelayo

SANTANDER

Conferencia leída en la Sociedad Menéndez Pelayo el 21 de mayo de 2009 dentro de los actos de conmemoración del aniversario del fallecimiento de D. Marcelino Menéndez Pelayo, en colaboración con la Sociedad Española de Estudios Clásicos en Cantabria.

I.S.B.N.: 978-84-936065-3-4  
Depósito Legal: SA-583-2009  
DOI: <https://doi.org/10.55422/ppsm/48>  
Edita: Real Sociedad Menéndez Pelayo  
<http://www.sociedadmenendezpelayo.es>  
[presidente@sociedadmenendezpelayo.es](mailto:presidente@sociedadmenendezpelayo.es)

## ÍNDICE

|                                             |    |
|---------------------------------------------|----|
| El discurso imperial: de Roma a EE UU ..... | 9  |
| De la creatividad a la disciplina .....     | 13 |
| Las etapas del discurso .....               | 17 |
| La era de las contradicciones .....         | 20 |



### El discurso imperial: de Roma a EE UU



COMPARAR es siempre un arte delicado. “Las comparaciones son odiosas”, dice el refrán, y eso es lo que piensan por lo menos los que salen perjudicados con ellas. Pero, por contra, comparar ha sido y sigue siendo la forma más habitual de aprender: encontrar semejanzas y diferencias entre los fenómenos, entre los objetos, entre los procesos. Conceptualizar, categorizar o evaluar son actividades intelectuales que descansan directamente en la comparación. El estudio de la historia como fuente de lecciones para el presente no es sino una variante más de este principio general. Salvo lo idéntico, todo es comparable. Decretar la “incomparabilidad” de algo siempre es un síntoma del deseo de blindar al escrutinio algún aspecto de la realidad y elevarlo, por encima de su naturaleza histórica, de sus causas y sus explicaciones, a la categoría incondicional e inaprensible de mito.

E inmediatamente hay que añadir: la historia no se repite. Nadie se baña dos veces en el mismo río de acontecimientos, así que conviene guardarse siempre de creer en réplicas exactas de dos momentos.

Y dicho esto, hay que volver a replicar: cierto, no hay dos momentos históricos iguales, pero las respuestas humanas a los acontecimientos, por más diversos que estos puedan ser, no son ilimitadas. El elemento más constante en el acontecer histórico es el hombre mismo. Todo cambia, todo se altera y modifica, pero la estructura física, emocional y cognitiva del ser humano per-

manece semejante a sí misma. Esto es válido fundamentalmente para la argumentación retórica, para sus estrategias persuasivas y, en general, para el discurso humano. Los hechos cambian, la retórica permanece. Por eso el diálogo de los humanos con el entorno, con las “circunstancias” que moldean su consciencia, parece a veces un centón discursivo zurcido con ecos de otros diálogos precedentes.

La comparación como método adolece finalmente de un grave peligro: el hombre condiciona la realidad y es condicionado por ella. Imagina, y de su imaginación surge el futuro. Pero también el pasado (¡sobre todo el pasado!) es un producto de lo imaginario, cuya elaboración condiciona por tanto seriamente el porvenir. Ese es el peligro de advertir a alguien de que sus respuestas a las circunstancias históricas se parecen a las de tal momento o tal otro de la historia: corremos el riesgo de que verdaderamente lo crea, se lo tome en serio y convierta en autopista para camiones pesados lo que no era más que una senda marcada por las suelas de los zapatos.

Todas estas reflexiones se me presentan como salvedades y *a priori* necesarios antes de sumergirme en el tema que hoy nos ha reunido aquí, a mí como ponente y a ustedes como amable auditorio. Es el tema central al que he dedicado mi último libro, *La lengua del imperio*: la retórica del imperialismo en la Roma antigua y sus relaciones con el discurso político generado en la actualidad en y en torno a los Estados Unidos de América.

A fecha de hoy, no son pocos los que han evocado el precedente del imperio romano para describir el poder de EE UU en el mundo contemporáneo. Pero la comparación tiene una historia en parte dependiente de la mera atribución de un “imperio” a la superpotencia americana.

En los propios EE UU, éste es un lenguaje totalmente nuevo en la política. Durante la guerra fría, sólo la izquierda hablaba abiertamente de “imperialismo” estadounidense. Por su parte, mientras denunciaba a los críticos como compañeros de viaje de los soviéticos y se cuidaba de ofrecer argumentos a su propaganda, la derecha se negaba a admitirlo: la palabra “imperio” conllevaba todo su valor negativo asociado al colonialismo clásico europeo, del que la tradición norteamericana se enorgullecía de haberse librado precozmente. Para el discurso oficial, es-

te lenguaje hacía el juego a los soviéticos y carecía de verosimilitud. De hecho, en ese aspecto tanto Estados Unidos como la Unión Soviética mantenían un discurso coincidente: el “imperio” era un concepto cargado negativamente y, por tanto, adecuado sólo para acusar al enemigo.

Esa inhibición se derretiría paulatinamente a partir de la simpática caída del muro de Berlín en 1989 y se esfumó de un golpe por efecto del brutal 11-S. Desde entonces algunos pensadores derechistas, como John C. Hulsman, miembro de la Heritage Foundation, un influyente *think tank* ultraconservador, se dicen en público: “Reconozcámoslo: tenemos un imperio”.

También desde entonces, Roma como comparación, e incluso como inspiración, ha adquirido ribetes de moda, hasta el punto de que el profesor Philip S. Golub podía escribir en *Le Monde Diplomatique*: “Roma se ha convertido en el espejo lejano pero obsesivo de las élites americanas”.

Habría que decir que, por lo general, no deja de ser una obsesión, a la vez que gratificante, bastante superflua. Es raro el pensador de estas élites que excede una comparación general y se arriesga a identificar el momento de la dilatadísima historia del imperio romano al que se ajuste nuestro presente. Eso se debe a su interés fundamental por mantener la comparación en términos de los aspectos *externos* de la relación imperial (centro-periferia, metrópoli-provincias) y, salvo pintorescas excepciones, a su resistencia a establecer una conexión entre Estados Unidos y Roma desde el punto de vista de la política *interna* de la metrópoli.

Podría decirse que la izquierda crítica norteamericana se interesó por el tema Roma/EE UU tardíamente y fuera de los circuitos académicos serios: hay que buscar sus primeras manifestaciones navegando en Internet. En la blogosfera, lejos de las serias sesiones académicas, los blogueros de fin de semana teclean pintorescas observaciones sobre el mundo en que vivimos tras el fin de la guerra fría y la caída del muro de Berlín que hacen recordar los juicios de un Salustio sobre la Roma posterior a las Guerras Púnicas y la destrucción de las murallas de Cartago.

Desde mi punto de vista, lo más interesante de estas aportaciones, informales pero ni absurdas ni necesariamente mal do-

cumentadas, consiste en trasladar el énfasis crítico del exterior al interior: sin dejar de denostar los daños causados por el intervencionismo de EE UU en la política internacional (algo que a la ciudadanía estadounidense resulta al parecer lo suficientemente remoto como para que no les quite el sueño) ponen especial énfasis en los efectos que una activa política militarista e intervencionista en el exterior genera en la propia metrópoli. Hay un serio aviso en esos análisis. No se trata ya de que el respeto por la voluntad democrática se limite a los confines nacionales y se ignore más allá. Como escribía en 2002 Manuel Miles, un bloguero canadiense: “existe una tendencia a que las repúblicas con un imperio experimenten una *evolución política autocrática* a partir de un determinado nivel de crecimiento”.

La musculación del “cuerpo” imperial puede producir efectos devastadores en su “corazón” político: eso es lo que Miles y otros han buscado en la historia de Roma antigua. En su localización de un correlato del momento que percibe en EE UU, el “paso del Rubicón” por parte de Julio César sirve a Miles de punto de inflexión. Aunque podrían hacerse numerosas reservas y precisiones, su partición de una Roma pre y post-Rubicón apunta a un cambio de régimen político en dependencia de los intereses creados en torno a la guerra y la explotación imperial. Se identifica así como correlato de nuestro presente el período que los historiadores conocen como la “Crisis de la República”.

Un autor más académico, Chalmers Johnson, ha resumido los detalles de la coincidencia en la falsilla comparativa de derecha e izquierda, tanto las nuevas ínfulas romanizantes de los sectores conservadores como el dedo en las vergüenzas puesto por los internautas al señalar la transición de la República al Imperio como dato comparativo: “A los líderes estadounidenses les gusta actualmente compararse con los romanos de la época del imperio”, escribe, “incluso cuando no saben mucho de la historia romana. Para Estados Unidos, la principal lección debería ser el modo como la república romana se transformó en imperio, y la forma en que durante el proceso se destruyó el sistema para la elección de los dos cónsules, se dejó sin poder al senado y se acabó con las ocasionales asambleas populares y *comitia* legislativos que constituían el centro de la vida republicana, para dar comienzo a una dictadura militar permanente”.

El lenguaje de Johnson no oculta precisamente su alarma por esa deriva. El resultado de todo eso en Roma supuso, entre otras cosas, la paradoja de que la propia metrópoli terminara lentamente por rendirse y absorber los valores políticos del enemigo (la monarquía teocrática y despótica propia de los estados helénísticos) *pero* sin dejar de combatirlos en su lenguaje oficial ni olvidarse en ningún momento de airear como propios los antiguos principios republicanos. Puesto que yo no soy un historiador, sino un filólogo, debo admitir que es ese territorio propiamente discursivo el que a mí más me interesa.

### De la creatividad a la disciplina

Tengo un concepto muy amplio de la filología: en cierto modo se confunde para mí, cada vez más, con una crítica de la cultura en tanto que producto de la comunicación. Muchos de los aspectos que la filología ha estudiado tradicionalmente en los textos son reproducidos hoy en otros soportes –la radio, el cine, la televisión– cuyos medios expresivos suplen a la escritura. Pero hay un nivel que tienen en común todos esos medios y soportes: la ideología, un territorio al que se accede a través de los signos tanto da escritos como audiovisuales. La representación de la realidad, la *mímesis* (por usar una conocida expresión que Auerbach consiguió incrustar en el corazón mismo de la tarea filológica) ya no solamente se plasma por medios textuales, sino, fundamentalmente, a través de las cámaras de video y fotografía. Poner en correspondencia el pasado y el presente exige también al filólogo “leer” y criticar esos nuevos textos audiovisuales.

Cuando hablo de la “rendición” cultural del vencedor militar no sólo me hago eco de un célebre verso de Horacio. Trato de subrayar aspectos cuyos efectos dudo mucho que invitasen a Horacio a felicitarse. La cultura griega no sólo llegó en la forma de la literatura, la filosofía o la retórica: llegó también en las formas políticas. De ese modo, no solamente la sobria Roma de los magistrados togados terminó transformada; durante la transición de la República al Imperio también otros elementos de la autorre-

presentación que los escritores romanos proporcionaban a sus contemporáneos y a la posteridad quedaron modificados de una manera que no puede dejar de asombrar por su radicalidad y la brevedad del lapso en que se produjo. Para comprenderla me remitiré a un aspecto del mundo contemporáneo que ustedes mismos están en condiciones de valorar personalmente: me refiero a la evolución de la imagen de los soldados americanos desde la Segunda Guerra Mundial hasta el presente.

Hagan ustedes memoria y recapitulen mentalmente. Eco visual de las imágenes que captaron las cámaras de Robert Capa y sus colegas de la *Magnum*, reproducidas y amplificadas en una extensa producción de carácter cinematográfico, cuando evocamos a los soldados norteamericanos que pelearon durante la II Guerra Mundial en Europa, vienen a nuestra mente imágenes de muchachos afables, dicharacheros e informales que, con su cigarrillo siempre a mano o su chicle en la boca, representaban la cara *humanizada* de todo el cotarro. “Humanizada”, al menos, en comparación con el enemigo por antonomasia, el alemán nazi, con su aire siempre reglamentario, el uniforme planchado, cabezacuadrada y robótico.

Imaginen a uno cualquiera de aquellos soldados poco amigos de los protocolos y rigores de la disciplina que se enfrentaban, en blanco y negro, a los alemanes: el uniforme arrugado por el uso, a lo Adolfo Domínguez, el cuello desabotonado para mayor comodidad, la cincha del casco suelta y el propio casco, más que calado, como superpuesto. Con su barba de tres días, desprovisto de cualquier aire marcial, representa la imagen postmoderna de la informalidad. Es difícil resistirse a una corriente de simpatía hacia él... No es extraño que muchas fotos de Capa posteriores al desembarco de Normandía, igual que las correspondientes a la liberación de Italia, exhiban momentos de la confraternización de la población con los espigados y desgarrados muchachos de ultramar.

Frente a ellos, naturalmente, ya sabemos quién estaba: el alemán nazificado, agobiado por la disciplina, a quien es difícil imaginar siquiera como seres individuales, siempre camuflados en una masa de uniformes impolutos y ademanes de autómatas.

Recuerden ahora las últimas imágenes que hayan tenido ocasión de ver de las tropas estadounidenses patrullando por las ca-

lles de Bagdad o Kabul. Medio siglo más tarde, el panorama se ha invertido por completo: a través de las imágenes a todo color que nos ofrecen las cámaras de la CNN, con sus uniformes relucientes y abrochados sin que falte un botón, sus cascos calados hasta las sienes (incluso con un pliegue cubriendo nuca y orejas que recuerda el clásico casco alemán de la II Guerra Mundial), arma en ristre y pertrechados de todos los aditamentos de la tecnología, sus cuerpos de gimnastas, sus movimientos acompañados y ensayados, su actitud desconfiada, tensa y en permanente vigilancia, se diría que los americanos han copiado la imagen de la imponente disciplina nazi de los años cuarenta. Nadie fuma, por supuesto. Nadie come chicle. Los nuevos soldados del imperio están siempre recién afeitados y rasurados por la mano de un estilista, como si, más que aseo, pasasen por una sesión de maquillaje antes de cada conexión en directo. Incluso su desindividuación se ha conseguido: no hay manera de distinguir, bajo sus colores mimetizados y sus gafas de sol, ni la raza ni el sexo. Se diría que, a la vista de todos, Frank Sinatra se ha transformado en Robocop.

Pues bien, una metamorfosis semejante del soldado romano puede admirarse también en documentos del siglo I a.C. Nuestra imagen de los romanos tiende a coincidir con la disciplina, el orden y la organización como secretos del éxito militar y político. *Pero* ésta es una imagen producto de una determinada ideología cuyo contrapunto puede muy bien localizarse a otro medio siglo de distancia cronológica: concretamente los cincuenta años aproximadamente que van de la época de Sila a la de Augusto. Son también los que separan al analista Claudio Cuadrigario del gran Tito Livio.

Una casualidad nos ha preservado la misma escena en ambos historiadores: el duelo entre un galo y el joven Tito Manlio Torcuato en un puente sobre el río Teverone. Esa casualidad no puede por menos que ser celebrada por el filólogo, siempre a la caza de fuentes e influencias: es prácticamente una excepción en la pérdida completa de precedentes latinos de Tito Livio. En el caso que nos ocupa, el texto de Cuadrigario (que conservamos gracias a una cita de Aulo Gelio) le ha servido expresamente de fuente. Los hechos son, supuestamente, los mismos... y, sin embargo, las diferencias textuales son muy llamativas.

Para que ustedes puedan comprenderlo de manera sencilla les diré que, en realidad, podrían leerse como dos versiones alternativas del duelo entre David y Goliath: Cuadrigario piensa que el David romano, Tito Manlio, derrotó al Goliath galo aprovechándose de la diferencia de armamento – mientras el galo iba sobreamado, con escudo y dos espadas, él sólo ponía en liza una ligera espada hispana (curioso anacronismo, porque los romanos sólo conocerían ese arma a lo largo de sus campañas en Hispania con ocasión de las guerras púnicas). Tito Livio comete el mismo anacronismo, pero a él la cuestión del armamento no le importa gran cosa: el escritor de Padua pinta un enfrentamiento en que un gigante es derrotado por un tipo mucho más pequeño. Las discrepancias respecto a los lugares donde Manlio Torcuato hiere al galo no pueden por menos que sorprender: Cuadrigario dice que le alcanza en el hombro y en el pecho; Tito Livio, en el bajo vientre y en la ingle. Los dos historiadores romanos proponen, pues, argumentos divergentes de una misma escena, y a ellos se ajustan los detalles de sus respectivas exposiciones.

¿A qué se deben estas sorprendentes divergencias?

La razón es ideológica: utilizando ambos escritores un código literario como la analística, en el que los personajes individuales son poco más que aspectos particulares de la psique colectiva, Tito Manlio Torcuato debe leerse como una sinécdoque de Roma, y el sentido de su triunfo sobre el galo, como una traducción particular de las razones por las que Roma ha derrotado y sometido a los bárbaros.

En el texto de Tito Livio esas razones podrían resumirse (como cabría esperar) en el carácter ordenado, disciplinado de los romanos enfrentado al desordenado e inoperante de los bárbaros. Son precisamente las virtudes que conforman el programa propagandístico de Augusto (sobriedad, orden, disciplina, *pietas*, etc.) las que han proporcionado a Roma el triunfo sobre sus enemigos.

En cambio, Cuadrigario, cincuenta años antes, concibe la victoria de Roma como una victoria de la flexibilidad y el ingenio romanos (la célebre capacidad de improvisación latina) frente a la rigidez y el esquematismo táctico de los bárbaros del norte (y su también célebre “cabeza cuadrada”). Manlio triunfa en un combate singular para el que no está preparado ni mentalizado,

gracias a los estereotipos aristocráticos: cuna, amor propio e inspiración. Y lo hace imponiéndose a lo que Cuadrigario designa expresamente en latín como *disciplina* del galo: es decir, su rigidez, su incapacidad para salirse de los patrones que le han enseñado.

Podemos observar así cómo, de uno a otro texto, el concepto de “orden y disciplina” ha experimentado una sorprendente reversión como valor social, cambio emblemático de dos visiones que tipifican la victoria romana sobre los bárbaros desde perspectivas poco menos que contradictorias.

### Las etapas del discurso

Como los hebreos para el narrador del libro primero de Samuel, que relata el enfrentamiento entre David y Goliath, los romanos de Cuadrigario, emocionales y poco escrupulosos, tienen poco que ver con los de Tito Livio, contenidos y caballerosos. Se diría que los que representa el antiguo analista son personajes de una cultura guerrera que no aspira a presentarse como “superior” a las demás en ningún sentido moral, sino simplemente a imponer el respeto, el reconocimiento e incluso el temor, mientras que los romanos de su famoso sucesor pertenecen ya a una cultura para cuya imagen es indispensable un código moral, unas “formas” y unos principios más valiosos que la mera brutalidad – una imagen, en fin, en que la fuerza parece aliada de la moral.

Ese contraste puede darnos pistas sobre el largo trayecto durante el cual se ha ido desarrollando lentamente la “lengua del imperio” y su discurso moral en Roma.

Actos brutales y agresivos se han producido siempre, pero no todos se han visto necesitados de justificación. En el yacimiento de la moral, hay un estrato de actos sin lenguaje encubridor. Puede haber lenguaje como protocolo, como ritual o como conjuro, pero no como excusa. La Mafia es sanguinaria y bastante poco locuaz y tampoco nos consta que Atila desplegara un discurso estructurado para explicar al mundo los objetivos de los hunos. Hubo un tiempo en que Roma tampoco buscaba justificaciones a su comportamiento. A los romanos de aquel período en

gran medida preliterario les bastaba con oraciones y oráculos. En el marco de una típica “cultura de la vergüenza” y dirigida por una aristocracia guerrera, no tenían más que un auditorio exterior, los dioses, cuya propiciación era el objetivo de ofrendas y prácticas como la ley de los feciales, que establecía un escrupuloso ritual para declarar la guerra. Aparte de eso, la búsqueda expresa de gloria y de botín (*gloria et praeda*) era suficiente razón para hacer lo que hacían.

Más tarde, en especial cuando Roma se topa con el mundo griego, sus estrategias descubren la necesidad y la utilidad de desarrollar un nuevo argumentario a la altura de los valores morales desarrollados por los helenos. En cierto modo podría decirse que los romanos descubrieron por vez primera un auditorio humano al que dirigirse. Esta nueva etapa coincidirá, precisamente, con el nacimiento de la prosa literaria en Roma, cuyos orígenes no por casualidad serán en griego. Sus representantes desplegarán una ofensiva diplomática y cultural para eliminar del belicismo romano cualquier atisbo de móvil económico: el botín y la codicia, a los que los griegos achacaban el expansionismo romano, desaparecerá del lenguaje oficial, substituida por valores éticos y principios políticos mucho más filantrópicos. En los albores del siglo II a. C., Fabio Píctor, el primer analista, alegará la defensa propia y de los aliados como fundamento de la conducta romana, y Quinto Flaminio, declarando como un Patton de su época la “liberación” de Grecia, pondrá de moda la pretensión romana de llevar a los griegos la libertad republicana frente al despotismo propio de las monarquías helenísticas, las “dictaduras” de su tiempo.

El apotegma de Quintiliano, “Nadie es tan malvado que también quiera parecerlo”, describe bien esta fase. En realidad, ese deseo de buena imagen es un prejuicio civilizado y está en la base del discurso político e ideológico: es un motivo por el que el poder habla. Todos esos impulsos debieron actuar sobre gentes como Fabio Píctor o Quinto Flaminio y el resto de autores intelectuales de la propaganda romana en torno a los valores del humanitarismo y la libertad.

Ese proceso puede considerarse la transición del imperialismo sin mala conciencia al imperialismo “idealista”. Producido en Roma a raíz de la II Guerra Púnica, a caballo de los siglos III

y II a. C., ha sido identificado también por Johnson en la historia imperial de EE UU.

A la primera etapa pertenecerían sus guerras anexionistas, más que suficientemente ilustradas por la narrativa cinematográfica: la “Conquista del Oeste” contra México y los indígenas del Sudoeste, y la posterior Guerra con España, gracias a la que ocupó (en muchos casos hasta hoy día) enclaves del imperio español en las Antillas y el Pacífico. La primera epopeya estuvo consagrada por el místico “destino manifiesto”. La segunda, que para nosotros supuso la *naqba* de 1898, fue cuestión de mala suerte: eran los tiempos del presidente republicano Theodor Roosevelt y de editores desaprensivos como William Randolph Hearst, capaces de conjurar los impetuosos espíritus imperialistas de la república norteamericana contra monarquías en declive.

Dieciocho años más tarde, en 1916, mientras en Europa se desarrollaba la Gran Guerra, en la que las potencias coloniales se desgarraban como hienas peleando por el bocado imperial, los EE UU parecían un país remolón y como satisfecho del poder adquirido. Ese año, el demócrata Woodrow Wilson consiguió renovar su mandato presidencial con un eslogan aislacionista y pacifista – para, a renglón seguido, arrastrar al país a una guerra impopular gracias a una hábil campaña de propaganda orquestada por el Comité de Información Pública, un laboratorio de técnicas persuasivas bajo la batuta de Edward Barnays, el padre de las relaciones públicas, y en el que el profesor Noam Chomsky quiere ver los precedentes de los actuales métodos de control de la opinión en las sociedades democráticas.

Chalmers Johnson lo ha descrito así: “Roosevelt y sus compañeros defendían un imperialismo estadounidense inspirado en el modelo británico, que buscaba el poder y la gloria por sí mismos, mediante la conquista militar y la explotación colonial. Wilson, en cambio, proporcionó un fundamento idealista al imperialismo americano, que en nuestra época se convertiría en la “misión” de “democratizar” el mundo. Fue especialmente quien suministró las bases intelectuales de una política exterior intervencionista, apoyada en una retórica humanista y democrática. Wilson es el padrino de los ideólogos contemporáneos que justifican el poder imperial americano en términos de exportación de la democracia”.

## La era de las contradicciones

En tiempos de Polibio los romanos mantenían esa misma estrategia. Tras la batalla de Pidna, en el 167 a.C., el Senado de Roma emitió un decreto arengando a las poblaciones helenas a rebelarse contra sus dictaduras e induciéndoles a recurrir a Roma en pos de la “libertad”. Su Senado se forjaría así un arma que no tardaría en utilizar para debilitar a las últimas potencias helenísticas: como probaron los hechos, la *libertas* no sólo no significa ya la promesa de independencia, sino que, en lugar de una feliz declaración y so pretexto de encontrarse amenazada, se convirtió ella misma en una amenaza a la soberanía ajena.

Y, no obstante, como a los americanos, también a los romanos les llevó tiempo reconocer que tenían un imperio. Hemos de esperar hasta los años ochenta del siglo I a. C., la época en que escribe Cuadrigario y aproximadamente siglo y medio después de que Polibio se pusiese a buscar las razones de que la *oikoumene* mediterránea hubiera caído en poder de los romanos, para encontrar la primera declaración escrita de un texto latino admitiendo la existencia de un *imperium orbis terrae*, de un “imperio global”: se trata de la *Rhetorica ad Herennium*, un texto cuyo autor exhibe una ideología afín a los intereses de los *populares* y primer manual latino de una ciencia, la retórica, signo de los nuevos tiempos y vínculo común de los intereses imperialistas de los *equites* romanos, los *duces* militares y los tribunos de la plebe encargados de promover en las asambleas las nuevas leyes que facilitarían estos programas.

Como resultado de estas alianzas, una nueva era discursiva está a punto de nacer. No debe olvidarse que son los *populares* de los hermanos Graco quienes devuelven al discurso público romano el argumento del botín, escrupulosamente eludido por la retórica senatorial y traducido ahora en vectigales, en tributos para beneficio de la plebe, una reivindicación surgida de la constatación de que el pueblo romano, desplazado de sus campos de cultivo y desposeído, había sido el gran desfavorecido por el maná del imperio. Esa reivindicación, democrática desde el punto

de vista interno, pero orquestada a nivel empresarial con socios muy poco escrupulosos, contribuiría a pisar el acelerador del imperialismo romano hasta los niveles escandalosamente depredadores que caracterizaron a la última fase de la República.

En el eje de todas estas contradicciones que combinaban *contra natura* el discurso de lo *honestum* y el de lo *utile* encontraremos a Marco Tulio Cicerón. No es este lugar para entrar en el detalle inagotable que nos muestran sus documentos literarios. Baste decir que a lo largo de su vida tuvo tiempo de pasar de su apoyo a la instrumentación que Pompeyo hacía de las ambiciones imperiales *populares*, induciendo sin arrobo en su discurso sobre de la ley Manilia a la caza de vectigales y sentando las bases ideológicas del poder unipersonal, hasta los escritos de sus últimos momentos en que, con solemnidad senatorial, se condenaba sin paliativo el discurso del beneficio y se defendía la máxima estoica: “nada que sea injusto puede ser útil”, mientras se deshacía en elogios del tiranicidio.

Los tiempos del reconocimiento del imperio, los tiempos de la crisis de la república y la transición al régimen imperial, son la muestra más palpable del desarrollo de contradicciones entre el discurso filantrópico y el reconocimiento de los intereses imperiales. En ese discurso que acabo de mencionar, *En defensa de la ley Manilia*, Cicerón arenga a sus conciudadanos a hacer la guerra en defensa de la provincia de Asia para proteger a sus súbditos asiáticos de los supuestos peligros que les acechaban y garantizar, de paso, los tributos y exacciones que los publicanos les arrancaban. Estamos cambiando de época: los argumentos nobles coexisten en una misma frase con los intereses contantes y sonantes... Si el surgimiento de la prosa literaria en Roma puede hacerse coincidir con el origen de la hipocresía imperialista, la época de Sila podría en justicia identificarse con el origen del cinismo.

Como ustedes saben, “hipócrita” significa etimológicamente “actor”. En cierto modo, tanto la hipocresía como el cinismo son representaciones, pero descansan sobre una relación muy diferente entre el actor y su público. En el caso del hipócrita, el auditorio no es testigo de la realidad, que discurre fuera de su atención, convertida en el dato que ocultar o disfrazar. Actor de la virtud, prestidigitador de la rectitud moral, el hipócrita, como el ilusionista, aparenta. Aparenta su magia distrayendo, cubriendo con su

aparato la realidad que la sostiene, *el truco*. Es falaz, pero, al mismo tiempo, permite que los ilusos sigan creyendo en la magia, es decir, en la vigencia de algún tipo de moral.

La hipocresía es una discrepancia –en general entre dichos y hechos– que se desarrolla ante auditorios y testigos distintos; el hipócrita es un actor insospechado que *desmiente en privado lo que defiende en público* y, por tanto, no puede permitirse errores: puede ser víctima de su propia doctrina. Un vehemente predicador que truena contra la homosexualidad en sus sermones y que es sorprendido en la cama con un adolescente *resulta ser* un hipócrita: la realidad no puede descubrirse o, si llega a suceder, el hipócrita está acabado – se suicida formal o literalmente...

Eso nunca le sucederá al cínico. El cinismo es hermano de la paradoja y guarda también un parentesco con la ironía, y quizá por eso (y porque su apelativo está dignificado por una prosapia filosófica) el cínico goza de cierta comprensión e incluso simpatía de la que nunca gozará ningún hipócrita convicto. Como en la ironía, el propio mensaje cínico incluye alguna reserva manifiesta sobre su credibilidad: el cínico es otro ilusionista que también hace magia, pero, incomprensiblemente al principio, enseña el truco *a la vez*. Cinismo es una discrepancia ante un mismo auditorio, del tipo descrito por Noam Chomsky respecto a la actitud de EE UU a principios de 2003: “La denegación de derechos y la desestimación de necesidades humanas elementales corrió paralela a un desprecio por la democracia sin parangón, todo ello acompañado por la debida profesión de fe en esos mismos derechos humanos y en la democracia”.

*El cínico desmiente en público lo que defiende en público*. Sabe que, al hacerlo, está des-ilusionando, pero no le preocupa en absoluto que sus testigos le descubran. Su objetivo es condonar la cruda realidad, o sea, el truco. No se sirve del discurso para engañar, sino, precisamente, para des-engañar: en concreto para dejar en evidencia la impotencia de las palabras frente al poder definitivo e inalterable de “las cosas”.

Como discurso, el cinismo no tiene tanto que ver con la realidad como con su puesta en escena: es un grave problema de comunicación. Es el reino del oxímoron entendido como descarada ruptura de la coherencia lógica, cuyos mensajes contradictorios son emitidos sin vergüenza, sin dimisión, con sonrisa.

De uno u otro modo, el cinismo tiene que ver, en efecto, con “sinvergüenza”, y cuando se alinea con el unilateralismo equivale a “doble lenguaje”, “doble rasero” o –como se diría en castellano castizo– “ley del embudo”: es una violación de la equidad y la justicia, puesto que, en el mismo discurso y con metódica discriminación, la retórica de lo *honestum* sirve para hacer reproches a mis enemigos, la de lo *utile* para venir en mi auxilio o en el de mis amigos. Los principios adornan nuestras mañanas, las conveniencias apuntalan nuestras tardes.

Signo de los tiempos, el cinismo supone también el fin de cualquier lógica universalista como la que construye el discurso hipócrita. Se alaba la “libre iniciativa” y el “riesgo” como pilares del sistema, excepto para un senegalés que, por libérrima iniciativa, se embarca en un cayuco para jugarse la vida camino de Europa; se condena a Fidel Castro por no permitir la salida de Cuba a quien así lo quiera, mientras se paga a los mandatarios africanos para que impidan a sus gentes hacer lo propio. Antes que Kuwait, Sadam había invadido Irán, pero eso no había justificado la reacción de ninguna “Coalición de Voluntariosos”. Los mismos hechos se definen de modo distinto según quien los cometa: el asesinato y el robo son malos si lo perpetran mis adversarios; si es cosa mía o de mis amigos, está en el orden de las cosas. “El hecho de que atacar ‘objetivos blandos’ sea justo o injusto, terrorismo o causa noble, depende del agente”, escribe de nuevo Noam Chomsky, señalando con precisión uno de los aspectos más siniestros del cinismo político emergente.

Finalmente, pues, las dos potencias habrían alcanzado un tercer estrato discursivo y moral en su convulsa ascensión imperial: el cinismo. En ese estadio entraron los romanos durante la llamada Crisis de la República, al mismo tiempo en que sus grandes ideólogos enseñaban a la vez a defender a los provinciales y a explotarlos.

Igual que Roma tuvo que esperar a la caída de las murallas de Cartago, los EE UU tuvieron que asistir al pacífico derrumbe del muro de Berlín para doctorarse en las virguerías retóricas del discurso cínico. Siempre según mi esquema, ésa es la Edad de Hierro en la que vivimos. Atacada de omnipotencia, la administración Bush alcanzó el clasicismo en ese particular arte del oxímoron: hacer que vayan juntitas de la mano la civilización y la

barbarie. Durante ese gobierno que concluyó sin ningún luto, hemos sido testigos, por ejemplo, de cómo se legitimaba la tortura en defensa de los derechos humanos.

¿Qué sucederá ahora con Obama? ¿Supondrá el primer presidente negro de EE UU un cambio de verdad? Hombre, *algo* sí que va a cambiar: de un presidente incapaz de leer un teleprompter, pasaremos a otro que sabe poner una palabra detrás de otra, y espera a acabar una frase para empezar la siguiente. Obama parece un honrado trabajador del escenario, y se ve que ensaya y se lo toma en serio. Los amantes de la oratoria política nos lo vamos a pasar muy bien: tiene buena voz, y parece haber heredado (o adoptado) una parte de esa oratoria conmovedora de los predicadores negros en Estados Unidos. Ya digo que “una parte”... Esa majestad llena de swing que se escucha en los oficios religiosos y que podía reconocerse en Martin Luther King: un discurso casi himnico, con estrofas y estribillos si acaso un pelín sentimentales. Contenida por las apretadas hechuras del protocolo presidencial, esa será la animada música del sumo portavoz del imperio americano.

En cuanto a la letra, ya veremos cuál le pasa la estructura de poder de Estados Unidos. Porque algo sí que me parece claro: los mensajes serán de Barack Obama aproximadamente tanto como los de Bush eran de George W. Bush. Y los últimos signos no son muy esperanzadores. Los titulares de prensa del día 15 de mayo decían: “Obama no logra acabar con Guantánamo”, “Obama da marcha atrás y restablece los tribunales militares”, “Obama ya no quiere fotos de las torturas”. La dura política imperial y su inercia son mucho más fuertes que los deseos personales, o la realidad es que la figura en la cúspide de la estructura de poder sólo puede desempeñar un papel muy determinado.

¿Ha concluido la era del cinismo o, más bien, adquiere nuevas formas? Eso es lo que está por ver en adelante. Por el momento, dejemos de hacer comparaciones poco optimistas y disfrutemos de esta tarde de primavera en esta hermosa ciudad.

Muchas gracias por su paciencia y su atención.

Juan Luis Conde, 2009



